La Mañana

AÑO XIX—Núm. 6467 | ADMINISTRACION: Cerrito 787 DIRECCION: Ciudadela 1478 | Teléfonos automáticos: 80-891, 80-892, 80893 | MONTEVIDEO, DOMINGO 8 DE SETIEMBRE 1935 | Redactor responsable: Dr. A. H. Péres Olave Domicilio: 25 de Mayo 695 | Agencia en Bs. Aires: Venezuela 1455. Dp. C | TALLERES: Ciudadela 1484 PUBLICIDAD: Ciudadela 1501

SARANDI 689 — VENTA AL PUBLICO — 8 de Octubre 3809

FAB. NAC. de CALZADOS "La Dandy" INDUSTRIA URUGUAYA

FABRICA NACIONAL de CALZADOS S.A. INDUSTRIA URUGUAYA

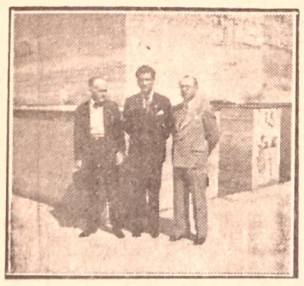
FABRICA NACIONAL de CALZADOS "Canadian" IND. URUGUAYA

IMPRESIONES DE ADOLFO AGORIO SOBRE ALEMANIA

LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS

Derechos exclusivos para LA MAÑANA

"Aquí están y aquí resucitarán", dice la inscripción del monumento consagrado en Munich a los muertos de la gran guerra. El extranjero atribuye a esas palabras diverso sentido. Para los que ven en ellas una forma de la piedad religiosa de los bávaros, es lógico que trascienda una vaga y sutil resignación frente al destino. Para los que desconfían de la sinceridad de los hombres que construyen la nueva Alemania, la frase aparece como un estímulo disimulado de la venganza. No existe, sin embargo, ni odio ni

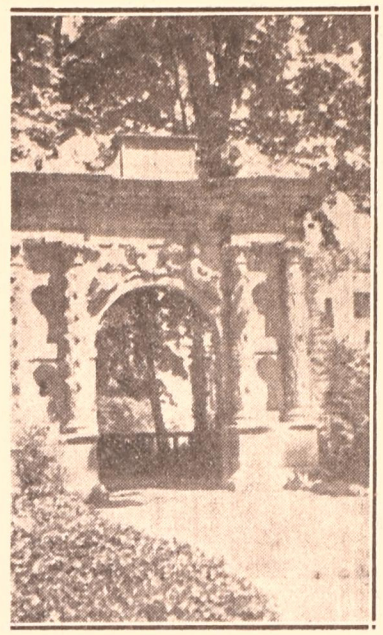


Adolfo Agorio, con los delegados de Brasil, junto al monumento erigido a los muertos de la guerra en Munich

resignación en el pensamiento evocador de los muertos de Munich. Frente a las fuerzas fatales que segaron a lo mejor de la juventud, se afirma simplemente la fe en la continuidad de la patria alemana y del espíritu alemán. La coordinación arbitraria de los sucesos podría haber llevado a desesperanzas irremediables. No debemos olvidar que, en medio de las ruinas, ni la revolución de 1918, ni el derrumbamiento del Estado monárquico habían alcanzado a destruir esa especie de creencia religiosa en la suprema vitalidad de la raza. Mientras el pueblo se debatía entre los estertores de la miseria; mientras agonizaba con el imperio un orden jurídico que se había creído eterno, no se perdió la fe en el resurgimiento de los valores que forjaron a la nación alemana. Fichte lo previó también en una hora sombría para la Alemania vencida por Bonaparte. Dentro de su concepción augural, quedaba únicamente la masa como un surtidor de sugestiones inesperadas para defender la continuidad de la vida colectiva. Pero una masa es incapaz de obrar por sí misma. En ese poderoso plan de educación nacional que constituye su "Reden an die deutsche Nation", el espíritu de Fichte no se mueve tampoco ni por la resignación ni por la venganza. Bajo las dolorosas circunstancias de la época napoleónica habría sido más admisible aquella "Rache" implacable que, ochenta años más tarde, Nietzsche rehabilitaría como una de las cualidades clásicas del superhombre. Es que Fichte descubre también la impotencia de la multitud para reaccionar por sí sola; pero ve en ella la fuente creadora de toda individualidad. Los muertos resucitaron también en 1808. Y ese llamado supremo a las resurrecciones, que encontró en Scharnhost su mejor eco, ¿no constituye en el fondo una reafirmación de la confianza en la perpetuidad del alma nacional? Si la masa, como la quería Fichte, no es otra cosa que una herramienta en la mano del artista (Die Masse ist aber nur eiv Werkzeug in der Hand des Künstlers), la aparición del hombre representativo se impone como necesidad del ritmo histórico, nada más que para dar un sentido a esa muchedumbre que quiere afirmar su genio propio.

:: |||||| ::

Actualmente el nazismo ha ampliado la concepción de Fichte con elementos modernos de economía y de técnica. Pero la materia ideal de la doctrina permanece intacta. Por consiguiente, no podría llamarse con propiedad un "partido" a la fuerza política que domina toda la estructura del tercer Reich. Más que como secta debería definirse al nacional socialismo como un estado de fe en la supervivencia del espíritu alemán. Porque no hay nacionalidad posible sin el culto perpetuo de los valores tradicionales. En el éxtasis filosófico de Fichte había sin duda una anticipación de eternidad. Pero el nacional socialismo confirmó la existencia de esos imponderables al fundar, no la esperanza de un resurgimiento, sino su férrea certidumbre. De ahí que la catástrofe de 1918 y los experimentos de anarquía que siguieron a las trágicas confusiones de la guerra interior, no debían interpretarse sino como episodios destinados a probar la resistencia del alma alemana a todos los venenos disolventes de la nacionalidad. Por algo, la pedantería de los teóricos busca enturbiar lo que es en sí un fenómeno simple, desnudo de todo trascendentalismo. ¿Para qué reclamar el socorro de los argumentos pragmatistas y explicar la superioridad de la acción fundiéndola en un pensamiento volitivo capaz de realizar en concreto las consecuencias del mundo real? Dentro y fuera de Alemania se han multiplicado estas interpretaciones arbitrarias, a fin de conformar con los sistemas de pensamiento puro una actitud real, profunda, histórica, pero sin intenciones filosóficas. Lo mismo puede decirse de quienes pretenden explicar la parábola nacional socialista con los motivos de esa intuición bergsoniana que entra mejor en la intimidad de las cosas que el análisis conceptual, y que comprende la vida de la concienca colectiva



Ruinas del castillo de Hidelberg, destruido por los ejércitos de Turena al final del siglo XVII, y donde la juventud universitaria realiza frecuentes peregrinaciones

del mismo modo que el "élan vital" empuja a la naturaleza. Todo este cúmulo de doctrinas equivale a sembrar el confusionismo histórico sobre la voluntad descarnada, sencilla, de un pueblo que quiere vivir de acuerdo con sus tradiciones propias y con su espíritu nacional. No es necesario ir más allá de una realidad que se encuentra todavía demasiado cerca de nosotros, y para la cual el menor pedantismo significa sombra, obscuridad y complicación. Toda etapa de la historia constituye un fenómeno contingente. Y el nacional socialismo no podrá substraerse a esta ley. Sería absurdo continuar mirando el espectáculo del mundo desde los esquemas intelectualistas, desde el criterio puramente positivo, o con las paradojas del determinismo llamado científico. Tampoco una comunidad con hombres de carne y hueso, capaces de amar, odiar, de sentir hambre y sed, se mueve por adivinaciones metafísicas. Podrá admitirse en el juego de los instintos un anhelo iluminado con el sentido de la novedad de la creación siempre en movimiento. Sin embargo, los pueblos que hacen más profunda la idea nacional, no se preocupan de su sentido abstracto, precisamente porque ellos son el instrumento de esa misma profundidad

:: |||||| ::

El extranjero puede conmoverse ante la inscripción del monumento a los muertos en Munich, sin comprender por completo su significado. Y aun penetrando el sentido de la frase, puede dudar de la resurrección de los muertos. Pero el que está seguro de esa resurrección es el pueblo alemán entero. Si los pensadores dudan de los datos de su conciencia individual, el resto de la humanidad, que posee para todo una certidumbre, reconoce implícitamente con hechos históricos el error de su concepto general del conocimiento. Para el nacional socialismo, los muertos empezaron a resucitar el día en que se derrumbó el régimen de Weimar. Y ese resurgimiento (Erhebung) debe continuar todavía a través de toda la nación. No será posible detener ahora con frases el impulso que devuelve a la realidad, con los valores inalterables de la cultura alemana, el secreto de un nacionalismo que representó en Arminius la primera insurrección del alma nacional; y que fué más tarde, con la reforma de Lutero, contra el imperialismo temporal de Roma, una expresión política de personalidad a través del Estado. Si el dogma no revivió entonces por ser dogma, sino por ser extranjero, ello quiere decir que hay un sentido nacionalista en el espíritu alemán. Ese sentido domina todas las otras corrientes de la mística revolucionaria. La apariencia de lo universal no obstante su individualismo, escondió entonces como ahora un violento anhelo de nacionalidad. Si los diez millones de seres que militaban en los cuadros del comunismo bajo el Estado regido por la Constitución de Weimar, no se hubieran desprendido un poco arbitrariamente del sentimiento nacional, la historia alemana de los últimos años habría sido con toda seguridad muy distinta. Mientras aquella formidable masa humana, desamparada frente al nido de intrigas de Ginebra, con la Renania ocupada por el extranjero y el Ruhr invadido, se desvanecía en el loco intento de provocar oposiciones artificiales recurriendo al más pueril de los internacionalismos declamatorios, un grupo de hombres, desde la Casa Parda de Munich, hacía el verdadero llamado a la conciencia secular de la nación. Potencia de espíritu primero; fuerza de actos, después, que constituyó como un asalto de los valores germánicos en olvido, venciendo los influjos armados de la estrella de Moscú y los escrúpulos verbales de los viejos partidos que empezaban, ellos también, a sentirse invadir por la desesperación. "Deutschland erwache!" He ahí una

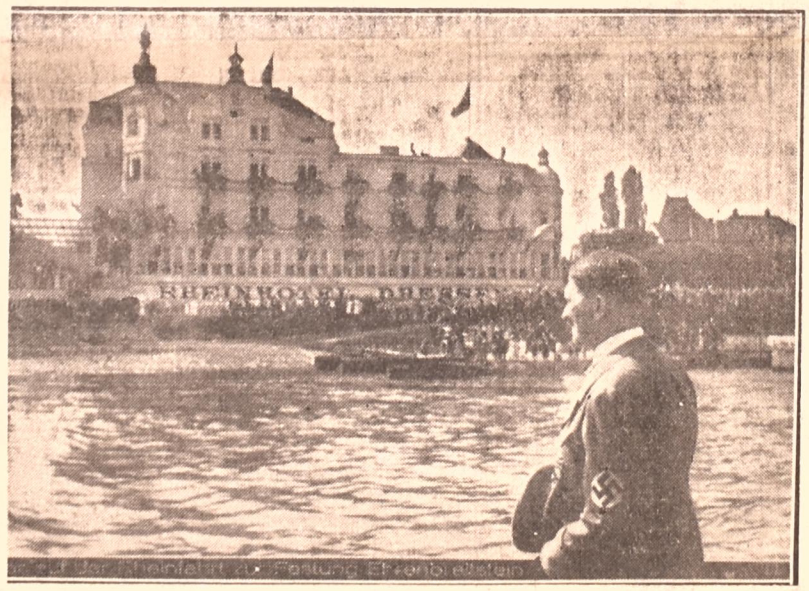
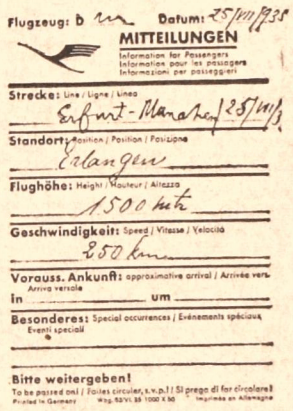


Foto popular ne Alemania en la cual se ve al Führer, frente a Godesberg, contemplando el Rhin. En la orilla opuesta se distingue el edificio del Hotel Dressen donde se hospedó la delegación de la prensa sudamericana

Prohibida la reproducción

especie de sortilegio hecho de violencia y de fe, el golpe mágico que sacudió el alma nacional. Y Alemania despertó, en efecto, a la realidad cruel, después de un sueño de embriaguez construído con promesas fantásticas y palabras que ya habían perdido su sentido. Por tanto, no se habló de derechos, sino de deberes. La conquista del poder, lejos de estimular halagos a la sensualidad de la muchedumbre, impuso todavía nuevos sacrificios. En la batalla por afirmar la nacionalidad (Deutscheit und Deutschtum) con todas las consecuencias extremas, las barreras que parecían más inaccesibles fueron salvadas; los enemigos, vencidos. Ya hemos demostrado que el punto vulnerable del nacional socialismo es de orden religioso. Se puede afirmar que dicho estado místico aparece ofreciendo los mayores estímulos a la anarquía espiritual. Pero la lucha



Curioso documento aéreo del viaje realizado por las delegaciones entre Erfurt y Munich. Como se ve, en el momento de ser distribuído el boletín entre los pasajeros, el trimotor pasaba por Erlangen, 1.500 metros de altura y a una velocidad de 250 kilómetros por hora

se mantiene todavía contra la política de los representantes de la iglesia y no contra la iglesia misma. Sólo desde el punto de vista de un realismo inexorable podía juzgarse ese problema que no deja de ser grave, pero que está subordinado a las relaciones futuras entre el Estado y una gran parte de la conciencia alemana. Hasta tanto los hechos no hablen por sí mismos, confirmando o negando las desviaciones, sería absurdo anticipar un sistema de crítica a la obra del resurgimiento. Por que la resurrección de los muertos, al formar lógicamente la idea madre revolucionaria, no podría convertirse jamás en un dogma nacional de arbitrariedad. Sin ese deseo solidario y homogéneo de persistencia que anima al pueblo alemán, no podríamos pensar, sin objeciones, en las fuerzas imponderables que el tercer Reich quiere voluntariamente interpretar. La resurrección implica un llamado a la unidad espiritual de Alemania sobre los ardores de la lucha política y las incompatibilidades del sentimiento religioso. Al final de cuentas, resucitar a los muertos es ayudarles a comprender definitivamente la vida por la cual murieron